

MONÓLOGOS DE CARÁCTER DRAMÁTICO. PERSONAJES MASCULINOS

HAMLET, William Shakespeare

Acto Primero. Escena Segunda.

HAMLET: Oh, que esta sólida, demasiado sólida carne, pudiera derretirse, deshacerse y disolverse en rocío! ¡O que no hubiese fijado el Eterno su ley contra el suicidio! ¡Oh, Dios! ¡Qué fastidiosas, rancias, vanas e inútiles me parecen las prácticas todas de este mundo! ¡Vergüenza de ello! ¡Ah! ¡Vergüenza! Es un jardín de malas hierbas sin escardar, que crece para semilla; productos de naturaleza grosera y amarga lo ocupan continuamente... ¡Que se haya llegado a esto! ¡Sólo dos meses muerto!... ¡No, no tanto; ni dos! ¡Un Rey tan excelente que comparado con éste era lo que Hiperión a un sátiro! ¡Tan afectuoso para con mi madre, que no hubiera permitido que las auras celestiales rozaran con demasiada violencia su rostro! ¡Cielos y tierra! ¿Habrá que recordarlo? ¡Cómo! ¡Ella, que se colgaba de él, como si su ansia de apetitos acrecentara lo que los nutría! Y, sin embargo, al cabo de un mes... ¡No quiero pensar en ello! ¡Fragilidad, tienes nombre de mujer!... ¡Un mes apenas, antes de estropearse los zapatos con que siguió el cuerpo de mi pobre padre como Niobe arrasada en lágrimas; ella, sí, ella misma, ¡oh Dios, una bestia incapaz de raciocinio hubiera sentido un dolor más duradero!, casada con mi tío, con el hermano de mi padre, aunque no más parecido que yo a Hércules!... ¡Al cabo de un mes!... Aún antes que la sal de sus pérfidas lágrimas abandonara el flujo de sus irritados ojos, desposada! ¡Oh, ligereza más que infame, correr con tal premura al tálamo incestuoso. Esto no es bueno, ni puede acabar bien. Pero, ¡rómpete, corazón, pues debo refrenar la lengua!

EL ZOO DE CRISTAL, Tennessee Williams

Acto Primero. Escena Segunda.

JIM: Me alegra ver que tiene sentido del humor. ¿Usted sabe... que es distinta de todas las muchachas que he conocido? ¿Le molesta que se lo diga? Hablo en serio. Me siento algo así como... ¡No sé cómo decirlo! Generalmente expreso bastante bien las cosas, pero... ¡esto es algo inexplicable! ¿Le dijo alguna vez alguien que era linda? ¡Pues lo es! Y de un modo distinto de todas las demás. Y más linda, precisamente, a causa de la diferencia. Oh, ojalá fuese usted mi hermana. Yo le enseñaría a confiar en sí misma. Uno no tiene por qué avergonzarse de ser distinto. Porque los demás no son tan maravillosos. Son centenares de miles. ¡Y usted es única! Ellos caminan por toda la tierra. Y usted, se queda aquí. Son vulgares como... la cizaña, pero... usted... bueno; usted... ¡es Blue Roses!...

En todos los sentidos... Sus ojos... su cabello... ¡Sus manos son lindas! Ustedes creerán que lo digo porque ustedes me han invitado a cenar y tengo que ser amable.

¡Oh, podría serlo! Podría decir muchas cosas sin ser sincero. ¡Pero le hablo con sinceridad! He notado que usted tiene ese complejo de inferioridad que le impide sentirse a sus anchas con la gente. Alguien debe infundirle confianza en sí misma... y tornarla orgullosa en vez de tímida y evitar que vuelva la espalda a cada momento y... se sonroje...

TODOS ERAN MIS HIJOS, Arthur Miller.

Acto primero.

CHRIS.- Hace falta tiempo para que eso se vaya. Porque eran simplemente hombres. Por ejemplo, hubo una vez que llovió durante varios días y aquel muchacho se me acercó y me entregó el único par de calcetines secos que tenía. Me los puse en el bolsillo. Es un detalle de nada, si quieres, pero así eran los hombres que mandaba. No morían; se mataban defendiendo a sus compañeros. Eso es exactamente; con un poco más de egoísmo, estarían aquí. Y, al verlos caer, tuve una idea. Todo estaba siendo destruido, ¿sabes?, pero me parecía que se estaba construyendo algo nuevo. Una especie de... responsabilidad. Hombre por hombre. ¿Me comprendes? Mostrar eso, traerlo a la tierra como una especie de monumento que cada cual lo sintiera detrás... Eso supondría para cada cual una diferencia. Y, luego, volví a casa y resultaba increíble. Yo... Bien, aquí aquello no tenía sentido; todo parecía... un simple accidente de autobús. Comencé a trabajar con papá. Era otra vez la carrera de ratas. Me sentí... como tú has dicho... avergonzado en cierto modo. Porque nadie había cambiado. Parecía que convertíamos en unos tontos a una serie de hombres magníficos. Tenía remordimientos de estar vivo, de abrir la libreta de cheques, de conducir el nuevo coche, de contemplar la nueva nevera. Es decir, cabe sacar esas cosas de una guerra, pero, cuando conduces ese coche, tienes que pensar que procede del amor que un hombre puede sentir por su semejante y tienes que ser, precisamente por eso, mejor de lo que eres. De otro modo, lo que posees es simplemente botín y está manchado de sangre. No quería tocar nada de eso. Y en eso, comprendo que estabas incluida tú.

LA VENGANZA DE TAMAR, Tirso de Molina

Acto II

ABSALÓN:

¿Que una razón no le dijo
en señal de sus enojos?
¿Ni un severo mirar de ojos?
Hija es Tamar, si él es hijo.
Mas no importa, que ya elijo
la justa satisfacción
que a mi padre la pasión
de amor ciega, pues no ve.
Con su muerte cumpliré
su justicia y mi ambición.
No es bien que reine en el mundo
quien no reina en su apetito.
En mi dicha y su delito
todo mi derecho fundo.
Hijo soy del rey segundo;
ya por sus culpas primero.

Hablar a mi padre quiero
y del sueño despertarle
con quien ha podido hechizarle
amor siempre lisonjero.

Aquí está, ¿pero qué es esto?

(Tira una cortina, y descubre un bufete, y sobre él una fuente, y en ella una corona de rey)

¿La corona en una fuente
con que ciñe la real frente
mi padre grave y compuesto?
La mesa el plato me ha puesto
que ha tanto que he deseado.
Debo de ser convidado;
si el reinar es tan sabroso
como afirma el ambicioso,
no es de perder tal bocado.
Amón no os ha de gozar
cerco en quien mi dicha encierro,
que sois vos de oro, y fue yerro
el que deshonoró a Tamar.
Mi cabeza quiero honrar
con vuestro círculo bello.
Mas rehusaréis el havello,
pues aunque en ella os encumbre,
temblaréis de que os deslumbre
el oro de mi cabello.

(Corónase)

Bien me estáis; vendreisme así
nacida, y no digo mal,
pues nací de sangre real,
y vos nacéis para mí.
¿Os sabré yo merecer? Sí.
¿Y conservaros? También.
¿Quién hay en Jerusalén
que lo estorbe? ¿Amón? Matarlo.
¿Mi padre que ha de vengarlo?
Matar a mi padre.